

VÍCTOR CASALLO  
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ (PERÚ)  
vcasallo@pucp.pe

**PERSPECTIVAS DE APLICACIÓN EN LA FENOMENOLOGÍA  
DE LA COMUNICACIÓN PRELINGÜÍSTICA**  
**PERSPECTIVES ON THE IMPLEMENTATION OF  
PHENOMENOLOGY ON PRE LINGUISTIC COMMUNICATION**

**PALABRAS CLAVE**

Comunicación / Estética / Fenomenología / Edmund Husserl /  
David Abram / Jürgen Habermas / Terapia con animales

**KEYWORDS**

Communication / Aesthetics / Phenomenology / Edmund Husserl /  
David Abram / Jürgen Habermas / Therapy with animals

**SUMILLA**

La fenomenología aclara sistemáticamente las estructuras y procesos que hacen posible las diversas experiencias comunicativas desde sus estratos fundamentales prelingüísticos. El artículo argumenta que esta perspectiva permite una comprensión más profunda de las experiencias de reintegración personal y social de reclusos y niños autistas a partir de la interacción con animales. Sostiene, siguiendo las tesis de David Abram, que el redescubrimiento de la amplitud de las posibilidades comunicativas en los seres humanos abre alternativas de respuesta a los malestares culturales que se van profundizando en las culturas urbanas contemporáneas.

**ABSTRACT**

Phenomenology systematically clarifies the structures and processes that make possible different experiences of communication based on pre linguistic foundation. This article explores this perspective and argues that it allows a deeper comprehension of experiences of personal and social reintegration through the interaction with animals of inmates and children with autism. Also, this article follows the thesis of David Abram: that the re discovery of the amplitude of the communicational possibilities in the human beings opens up alternatives of solution to the cultural discomforts that are growing deep in contemporary urban cultures of the world.

## VÍCTOR CASALLO

Licenciado y magíster en Filosofía por la PUCP. Profesor del Departamento de Comunicaciones y secretario académico de la Facultad de Ciencias y Artes de la Comunicación en la misma universidad. Miembro del comité editorial de la revista universitaria de historietas *Tiralinea* y miembro colaborador del Círculo Latinamericano de Fenomenología.



## PERSPECTIVAS DE APLICACIÓN EN LA FENOMENOLOGÍA DE LA COMUNICACIÓN PRELINGÜÍSTICA

Los análisis sobre la crisis de sentido en la sociedad (pos)moderna profundizan en la comunicación para investigar cómo se han reconfigurado sus mediaciones tanto a nivel masivo como en el encuentro interpersonal. En esas investigaciones, la crítica de las estructuras económicas o políticas ha cedido su lugar al análisis de los procesos comunicativos en las que se constituyen, para identificar sus distorsiones y posibilidades emancipadoras. Este esfuerzo teórico y práctico presupone un sentido más amplio y profundo de comunicación que nos permitiría responder a las expresiones concretas de esos sinsentidos que afectan por igual a las sociedades de bienestar y a las que luchan por hacerse un camino al desarrollo. Es pertinente cuestionar, entonces, si ese posible sentido ampliado de comunicación desde el que nos preguntamos y respondemos a estos desafíos no reproduce las distorsiones que pretendemos resolver.

David Abram (1996) rastrea la raíz de diversos ajustes culturales y psicológicos de las sociedades contemporáneas en la autolimitación de nuestras posibilidades comunicativas como seres humanos.

Estos desajustes no se ceñirían a la creciente hegemonía de la lógica de la eficiencia pragmática en términos de costo/beneficio en las diferentes esferas de nuestra vida, sino que también habrían comprometido nuestra forma de preguntarnos por estos problemas, reduciendo —cuando no anulando— nuestras posibilidades de comprender su sentido. Para Abram, el círculo vicioso de una sociedad o individuo que solo busca dentro de sí la respuesta al vacío desintegrador que lo aqueja, únicamente se puede romper con una comprensión más profunda de las posibilidades de comunicación abiertas al ser humano desde su primera infancia, pero ignoradas sistemáticamente por nuestras prácticas socioculturales. Romper ese círculo requiere redescubrir esas posibilidades de sentido en nuestra interacción con los animales, las plantas y la tierra, para recuperar dimensiones y capacidades de nuestro ser humanos que nos integran personalmente al integrarnos comunicativamente con los otros humanos y no humanos. Esta perspectiva supone una fenomenología de la comunicación que aclara qué puede significar comunicarse con interlocutores no humanos y su papel reintegrador a partir de ese estrato previo al lenguaje, en el que ya es posible la comprensión del otro.

En este artículo (i) mostramos la pertinencia de la fenomenología de la comunicación como horizonte teórico para plantear estas preguntas sobre la (re)constitución de la persona en correlación con su experiencia de los otros y el mundo; (ii) argumentamos que el éxito de experiencias que apelan a la interacción con animales en la rehabilitación de presos y acompañamiento de niños autistas se debe al enriquecimiento, desde un nivel sensorial prelingüístico, de sus posibilidades comunicativas; y (iii) discutimos un ejemplo de las narrativas sobre este tipo de experiencias y su impacto mediático para justificar su importancia actual como tema de investigación e intervención social.

### **SOBRE UNA FENOMENOLOGÍA DE LA COMUNICACIÓN**

La fenomenología de la comunicación pretende ser una perspectiva crítica e integradora de diferentes teorías explicativas e interpretativas de la comunicación. Dentro de esa amplitud, nuestra discusión se centrará en las posibilidades que abre la fenomenología de la comunicación prelingüística para profundizar y enriquecer una interpretación comunicacional de las terapias de reintegración personal y social. Esta apertura de posibilidades es factible por la noción fenomenológica de constitución de sentido.

La aproximación fenomenológica a la comunicación se pregunta por cómo se constituyen intersubjetivamente el sentido y la validez en los diversos espacios de la experiencia humana, incluso desde su nivel prelingüístico. Una fenomenología de la comunicación describe, en primer lugar, las estructuras y dinámicas que articulan esa constitución comunicativa de sentido; y reconstruye, en segundo lugar, la génesis de esas estructuras y dinámicas a través de una narrativa del proceso en el que somos constituidos como personas al interior de una comunidad. Estos dos momentos corresponden a las investigaciones fenomenológicas estática y genética, respectivamente. Ambas contribuyen a una comprensión de la experiencia humana que encuentra en su carácter intersubjetivo una dimensión ética entendida como una exigencia de autorresponsabilidad compartida con los otros (Husserl 2008).

Precisaremos más estas nociones introductorias y su potencial para la investigación de la comunicación a partir de la reinterpretación de la acción terapéutica en términos comunicacionales desarrollada por Jürgen Habermas.

#### *La reintegración personal desde una perspectiva comunicacional*

Todo modelo comunicacional requiere preguntarse de qué manera las estructuras y dinámicas que plantea pueden constituir sentidos comprensibles para quienes se comunican. Jürgen Habermas (2001) distingue, con este fin, diferentes esferas de sentido según las pretensiones de validez de sus enunciados característicos, para aclarar sus orientaciones, criterios y pautas de pertinencia propios.<sup>1</sup> El potencial racional de esta diversidad de contextos prácticos de sentido se realiza más plenamente cuando se tematizan sus propias pretensiones de validez, en lo que Habermas denomina una comunicación orientada al entendimiento: una *praxis* en la que se acredita comunicativamente la racionalidad de los agentes. La argumentación contrafáctica<sup>2</sup> de Habermas permite fundamentar este análisis pragmatista y reconstruir cómo llega a concretarse históricamente en procesos culturales, sociales y personales. Desde nuestra perspectiva fenomenológica,

<sup>1</sup> Esta aclaración se realiza partiendo de las presuposiciones pragmáticas que hacen posible las (inter) acciones comunicativas donde se producen esos enunciados.

<sup>2</sup> Contrafáctica en el sentido que extrae del hecho de la práctica comunicativa el ideal al que apuntan sus condiciones de posibilidad, las cuales no son, a su vez, hechos sino presupuestos pragmáticos irrenunciables al comunicarnos.

podríamos considerar que Habermas desarrolla una fenomenología estática de la comunicación en la medida que explicita las estructuras y dinámicas constitutivas de sentido en esas diferentes esferas. Nos interesa destacar de qué modo esa investigación reconstructiva que se propone pasar del paradigma de la conciencia al de la comunicación, abre la pregunta por la génesis de esas estructuras constitutivas de sentido, que nos remite a las etapas en las que el agente aún no era capaz de articular discursos y desde las que, sin embargo, se fue haciendo racional.

Diversos estudios psicológicos destacan el papel fundante de las interacciones comunicativas preverbales en la primera infancia mediadas especialmente por el contacto corporal del tocar/ser tocado. Este aspecto estético —en su significado original de *aisthesis*, percepción— de la constitución de sentido más fundamental en la comunicación no se limita, como discutimos más adelante, a esos años originarios de la persona sino que constituye la condición para interacciones comunicativas más especializadas de la vida adulta, entre las que se cuenta, por ejemplo, la experiencia estética del arte.

Una fenomenología de la comunicación puede aclarar y fortalecer perspectivas formales como la de Habermas. La importancia de esta profundización consiste en que, sin renunciar a la interacción comunicativa como espacio donde se valida la racionalidad de los agentes, permite situar la responsabilidad de la persona individual, explicitando la génesis de esas estructuras constitutivas de sentido y, en particular, la consolidación de una identidad personal. El mundo, la comunidad y el yo no son simplemente “en sí” —ya acabados inexorablemente— sino constituidos intersubjetivamente y, por tanto, renovables y reorientables. Siguiendo esta perspectiva, hemos discutido anteriormente (Casallo 2014) a partir de Habermas cómo la acción terapéutica se beneficia de una autocomprensión en términos comunicacionales que, al superar el modelo de una mera introspección positivista, permite comprender e incorporar formas de comunicación que exploran su estrato estético. Desde esta autocomprensión, la patología se entiende como una autoalienación comunicativa del yo que se estructura en formas distorsionadas de interacción comunicativa con los demás. El paciente padece dinámicas comunicativas que experimenta como un destino que se impone con la contundencia de una realidad natural: “Siempre seré así...”, “Nadie me puede comprender...”. La cura consiste en restituir los vínculos comunicativos con uno

mismo y los demás, en un proceso de autorreconocimiento. Este proceso se realiza en la construcción de una narrativa que va incorporando paulatinamente las resistencias y experiencias problemáticas, reinterpretándolas desde la posibilidad de nuevos cursos de acción. El terapeuta asiste este proceso produciendo preguntas y enfoques desde la psicología profunda y esquemas de desarrollo psíquico, que se validan en la medida que apoyan ese proceso de restitución comunicativa. A su vez, los criterios terapéuticos, corroborados intersubjetivamente en el proceso del paciente, van constituyendo la certeza personal de la cura, como recuperación de la comunicación con uno mismo y los demás.

El espacio terapéutico se convierte así en la puesta en escena de los elementos y dinámicas relevantes de la vida psíquica del paciente —esto es, de la pluralidad de relaciones comunicativas que la constituyen— al explicitarla verbalmente frente al terapeuta y, sobre todo, frente a sí mismo. Lo que va logrando verbalizar se orienta al darse a entender y al autoconocimiento. Esta producción narrativa es creativa en un triple sentido: porque no hay un camino conocido a priori sobre qué elementos la integrarán y a qué *impasse* inconsciente responderán; porque debe producir sus propias formas y contenidos; y porque, en cuanto praxis, no se trata de la producción de un objeto externo preconcebido por el agente, sino de su propia recreación como reinterpretación de su historia, de sí mismo y, por tanto, de sus posibilidades.

Esta perspectiva nos sitúa en el horizonte estético que fundamenta la constitución de sentido de la comunicación. Con “estético” nos referimos al sentido antes indicado de la *aisthesis* —lo sensorial y perceptivo— en el que se gesta prelingüísticamente el fundamento de toda experiencia con sentido del mundo. Este estrato estético —articulado en torno a la presencia y acción corporales— subyace a la génesis comunicativa de todo ser humano como agente que comparte con otros un mundo común. Esos otros con quienes aprende a comunicarse para emerger como persona son otros seres humanos, pero también los animales, plantas, la tierra, etc. como una presencia significativa: los otros no humanos en ese estrato fundamental. La fenomenología es la pretensión sistemática de explorar ese horizonte y sus posibilidades. Para intentar esa exploración desarrollaremos algo más las nociones fenomenológicas que introdujimos al inicio, articulándolas con la perspectiva de D. Abram.

### *El sentido más-que-humano en la comunicación*

Como señalamos, la fenomenología busca sacar a la luz las estructuras de sentido que hacen posible el conocimiento y, en general, todas las formas de experiencia humana. Siguiendo los planteamientos de Edmund Husserl (1997a), suspende —pone “entre paréntesis”— en su investigación los presupuestos objetivistas que reconocen como única forma de objetividad la de las ciencias naturales. La investigación fenomenológica no impone un modelo teórico único sino que parte de lo que Husserl denomina fenómeno: lo que el sujeto vivencia como el sentido que se le da en una experiencia específica; por ejemplo, la investigación científica de la naturaleza o el disfrute cotidiano de una serie de televisión. Para nuestra discusión, entenderemos ese sentido específico como las pretensiones de validez internas a la experiencia que estudia; en nuestros ejemplos, la determinación matemática de las relaciones causales entre los objetos naturales o el sumergirse imaginativamente en el mundo de ficción de los hechos y personajes de la serie televisiva. El objetivo es aclarar descriptivamente —a partir de esas pretensiones de validez— las estructuras y dinámicas de sentido que constituyen la experiencia. Esta constitución de sentido tiene su génesis en la interacción con los otros que va sedimentándose en la vida de la conciencia del sujeto como una forma de experiencia posible. Husserl aclara que cuando la fenomenología investiga desde la perspectiva trascendental<sup>3</sup> las estructuras intencionales<sup>4</sup> de la conciencia del sujeto, entiende a esta subjetividad como intersubjetividad trascendental. Afirmar este horizonte intersubjetivo subraya que el sujeto no está meramente junto a los otros en el mundo, sino que sus vidas intencionales —actuar, pensar y valorar— se interpenetran desde la pura pasividad e impulsividad instintiva (en la infancia o incluso el vientre materno) hasta las acciones personales más deliberadas (en la vida adulta). De esta forma, la investigación fenomenológica estática de las estructuras de sentido en una experiencia cualquiera del sujeto, conduce a

<sup>3</sup> Entendemos “trascendental” como la perspectiva desde la que se explicita el carácter constituido intersubjetivamente de lo que se experimenta como dado y válido por sí en nuestra vivencia cotidiana del mundo (Husserl 1997a). Trascendental no es, entonces, trascendente; más bien, toda forma de trascendencia se puede investigar trascendentalmente preguntándose por el sentido que experimenta el sujeto en ella.

<sup>4</sup> Para la fenomenología, la conciencia es intencional en el sentido que siempre se refiere a algo en una forma determinada (percibiendo, fantaseando, teorizando), en contraste con una psicología empirista que solo la comprende como un objeto natural (material) más, que únicamente se relaciona con otros objetos en forma causal.

una fenomenología genética que explicita la emergencia de ese sujeto desde una intersubjetividad articulada comunicacionalmente. Esta comunicación abarca el lenguaje verbal y sus derivaciones, pero se fundamenta en la posibilidad de experimentar el mundo con sentido en interacciones prelingüísticas con los otros, como las que todos vivimos al inicio de nuestras vidas.

Husserl (1996) explora fenomenológicamente las experiencias prelingüísticas de sentido en la primera infancia. Describe cómo el yo se va diferenciando de su entorno a través del percibir —particularmente en la correlación del tocar-ser tocado— a los otros que lo reconocen como un tú y van orientando así su desarrollo. Solo puede haber un yo desde la experiencia de un nosotros o, como lo formula Husserl, desde el descubrimiento del otro como el primer “yo”. A lo largo de su vida, estas interacciones comunicativas ganan en complejidad y amplitud a través del lenguaje, las prácticas culturales, la normatividad social y el propio desempeño del agente. Así, su mundo circundante<sup>5</sup> se diferencia en esferas específicas de acción, a partir de las cuales se derivan sus discursos cognitivos correspondientes; por ejemplo, las ciencias naturales, la crítica cultural, la autoexpresión plástica, etc. (Husserl 1997b). En sus análisis fenomenológicos de estas diversas esferas de experiencia, Husserl explicita cómo solo son posibles desde esa constitución comunicacional del yo en la primera infancia sobre un horizonte estético prelingüístico.<sup>6</sup> Ese horizonte originario permanece en nuestra vida adulta como fuente de sentido de todas nuestras experiencias a partir de la percepción.

David Abram (1996) se sirve de las fenomenologías de Husserl y Merleau-Ponty (1975) para profundizar en la diversidad de esos otros que emergen para el yo

<sup>5</sup> Con “mundo circundante” Husserl se refiere a la concreción, en una comunidad cultural determinada, del mundo de la vida (Lebenswelt) como estrato de percepción originaria. Toda forma de objetividad en el conocimiento y experiencia humanos cobra sentido desde este ámbito originario. La objetividad originaria del mundo vivido intuitivamente —el “mundo de la vida” husserliano— se constituye como intersubjetividad que articula a los otros, a los objetos y al yo (Husserl 2008).

<sup>6</sup> Como seres humanos, aprendemos de los otros y con los otros a percibir el mundo: a enfocar el mirar y el escuchar, a constituir tridimensionalmente nuestras representaciones visuales, a asociar sensaciones con regiones y órganos específicos, etc.; todo ello estructurando la unidad perceptiva que experimentamos como mundo. Este aprendizaje es simultáneamente descubrimiento y gobierno de nuestro cuerpo y su multiplicidad sensorial y volitiva (Husserl 1997c).



correlativamente a su propio autorreconocimiento. Estos otros preceden al yo, en cuanto constituyen el mundo vivido que acoge al recién nacido. Para Abram se trata tanto de los hombres y mujeres, como los animales, los árboles, las nubes, las estrellas, etc. En esas interacciones con los demás, el yo aprende de ellos y con ellos a percibir el mundo en una forma humana; esto es, aprende poco a poco a ver y oír con sentido ese mundo que se le va haciendo familiar y significativo, a la vez que va haciendo suyo su propio cuerpo, acciones y estados internos<sup>7</sup>.

Abram discute cómo este mundo con sentido que emerge en las experiencias sensoriales del infante se asemeja en su riqueza al mundo experimentado por las comunidades orales primarias que aprendieron a encontrar sentido a las diferentes voces y conductas de los animales, las huellas en la tierra, los colores del cielo, el movimiento de las estrellas, etc. De otra forma, no hubieran podido sobrevivir, por ejemplo, apelando a los sonidos animales para capturar a sus presas o percibir el peligro de su cercanía. Pero esta comprensión y reconocimiento reverente de los otros no humanos no se limita a un recurso pragmático. La memoria compartida de relatos en los que se unifica lo cognitivo, normativo y expresivo es re-actualizada comunicativamente por la comunidad en una referencia situacional al momento y lugar de la que el agente (hombre, divinidad, animal, etc.) es inseparable (Ong 1996). A diferencia del distanciamiento que permiten las nociones científicas de espacio y tiempo objetivos —es decir, vacío de sentido propio—, el hombre de la comunidad oral experimenta a los cerros, bosques o lagos como significados vividos antes que como “cosas” inertes y mudas.

En contraste con esta abundancia de sentido, el hombre de las sociedades contemporáneas solo privilegia, desde su primera educación, la comunicación cifrada en una forma específica de lenguaje humano: el significado entendido como un contenido mental fijado a través de la escritura. Con la introducción del alfabeto griego, las operaciones cognitivas que posibilitaron esa permanencia del signo físico, permitieron estabilizar un orden de sentido comprensible por sí mismo, independientemente de la validez del mundo sensorial. Con el tiempo, la cultura occidental instaló su actividad cognitiva en ese orden y fue capaz de distanciarse del mundo percibido para reducirlo a sus estructuras matematizables y

<sup>7</sup> Con estados internos nos referimos a la vida anímica y mental en general.

aprovecharlas en su beneficio. Elaborando este contraste a partir de las ideas de McLuhan (1964) y Ong (1996) sobre la oralidad y la escritura, Abram identifica en la hegemonía de la escritura y sus constructos una autolimitación en las posibilidades de sentido de nuestra comunicación y, a la vez, la fuente de diversas patologías culturales y psicológicas que se concretan no solo en los desajustes de nuestras sociedades sino en la acelerada destrucción de la naturaleza y nuestra incapacidad para reconocer en qué medida implica nuestra autodestrucción.

El hombre urbano contemporáneo, según Abram, se autolimita crecientemente a una comunicación instrumental con sus propios artefactos: sus signos lingüísticos, sus dispositivos tecnológicos, instituciones, etc. Esta obsesión monológica contrasta con la profusión de sentido que el infante o el habitante de una comunidad oral experimentan con su ambiente. No es de extrañar, afirma Abram, que quien es incapaz de emocionarse, disfrutar o al menos caer en la cuenta del cielo carmesí de un atardecer, del vuelo grácil de un pájaro o de la aparición de una flor entre el asfalto, sienta que su vida no avanza, que no es entendido ni se puede entender, y que “algo” anda fundamentalmente mal. En el caso particular de la medicina, las comunidades orales la comprenden como un restablecer el equilibrio entre el “paciente” y su medio que involucra tanto a la naturaleza como a su comunidad humana. En contraste, nuestra medicina como *praxis* científica enfrenta nuestros problemas ubicándose en la misma objetividad y eficiencia distanciadas que despliega al estudiar un fenómeno físico o proyectar la reparación de una infraestructura.

Lejos de renunciar a la ciencia, la tecnología, la objetividad o la escritura, Husserl y Abram nos invitan a recuperar la riqueza de nuestras posibilidades comunicativas desde su profundidad estética. Desde ella, el cuidado de la naturaleza, los otros y uno mismo no se pueden entender separadamente y las capacidades transformadoras del ser humano son interpretadas ya no como un mero instrumento sino como una responsabilidad ante este mundo que hemos de legar a los vivientes —humanos y no humanos— que nos sucederán. Siguiendo el sentido ético-político de autorresponsabilidad racional que animó las investigaciones de Husserl (2008), exploraremos desde esta perspectiva fenomenológica la importancia de interesantes experiencias en el campo de los procesos terapéuticos y de rehabilitación social en las que se cultiva las posibilidades reintegradoras de ese estrato de comunicación sensorial prelingüística.

## LA REINTEGRACIÓN PERSONAL Y SOCIAL EN LA COMUNICACIÓN CON LOS OTROS NO HUMANOS

En este apartado discutiremos cómo la interacción con animales ofrece a los internos de centros correccionales y a los niños autistas experiencias de reintegración personal y social, al permitirles cultivar la riqueza estética de la comunicación, entendida fenomenológicamente.

### *Reintegración social: internamiento y compañía no humana*

Desde hace aproximadamente cuatro décadas, en los Estados Unidos de Norteamérica se realizan experiencias de rehabilitación de reclusos mediante el cuidado y entrenamiento de una mascota (Britton y Button 2006). Luego del primer programa de entrenamiento de perros iniciado por la religiosa dominica Pauline Quinn en un centro de corrección para mujeres en el estado de Washington, estas experiencias han tomado diversas modalidades que han ganado en popularidad, aunque solo hace poco han comenzado a investigarse científicamente. Sus logros más patentes involucran la calidad de vida del interno y sus compañeros dentro de la institución correccional y su relación con la comunidad. El primer beneficio observable fue una disminución significativa de la violencia entre internos, incluso hasta en 50% en un período de cinco años (Huss 2013: 33). También hubo evidencia de una reducción en el consumo de medicamentos y en los intentos de suicidio, en comparación con instituciones correccionales sin programas similares (Harkrauer *et al.* 2004, citado en Britton y Button 2006: 2-3). Estos cambios de comportamiento levantan la pregunta por el interés que mueve al interno a participar en el programa y, correlativamente, lo que puede ofrecerle la compañía permanente del perro, porque además de entrenarlo, permanecerá con él en su celda.

Desde nuestra perspectiva fenomenológica, convivir con un animal y entrenarlo puede resultar más estimulante que participar en otras actividades más “productivas” como el trabajo en cocina, lavandería, etc., porque implica la relación con un otro (no humano) que contrasta con las limitaciones de las otras posibles relaciones en un centro de reclusión.

Además de vivir una experiencia que rompe con su rutina, el interno se encuentra con un otro al que dedica tiempo y que —si la relación prospera— lo reconoce

como especialmente significativo. Esta no es una oportunidad muy usual al estar confinado. Pero el perro no es solo un objeto inerte para el entretenimiento, sino una instancia de espontaneidad; esto es, no se puede predecir ni controlar lo que vaya a hacer, a pesar de que la relación haya ganado terreno a través del juego, las caricias, etc. En ese sentido, el animal constituye verdaderamente un “otro”. Se suele identificar esa espontaneidad del otro no humano con “irracionalidad”.<sup>8</sup> El interno debe aprender a aceptar y trabajar con esta condición en el animal a su cargo, pero esta relación puede resultar menos intrusiva y más motivadora que las que mantiene con otros seres humanos. El perro no puede cuestionar, preguntar por la vida o la justificación moral de los actos de “su humano” y, sin embargo, este, con el tiempo, le habla —como hacen normalmente quienes tienen mascotas en casa— de su vida, lo saluda, le pregunta, etc. Evidentemente, el interno sabe que el animal no puede entender sus palabras, pero esto no impide que las comparta y que, en cierto sentido —indeterminado, pero crecientemente importante— se sienta escuchado y acompañado. Las “incapacidades” comunicativas —en comparación con el ser humano— de la mascota son investidas de una capacidad de escucha y acompañamiento significativos por el interno, constituyendo un medio no agresivo donde puede expresarse y aprender a comprender la conducta de su mascota.

En algunos de estos programas, como el de la institución correccional de Topeka en Kansas (Britton y Button 2006: 5), el animal es parte de un grupo de “segunda oportunidad”: perros con antecedentes de agresión destinados a la eutanasia, en caso de que no puedan ser reentrenados. Más allá de la analogía con la situación personal del interno humano, este necesita trabajar sus propias formas de comportamiento para lidiar con su mascota problemática y —una vez que se ha establecido la relación— para no perder su confianza. Es decir, la relación con el perro resulta terapéutica en el sentido más profundo de la palabra. El coordinador del programa de entrenamiento en la institución correccional de Ellsworth, Kansas, cuenta el siguiente caso:

<sup>8</sup> Es significativo que tal perspectiva no considere que los propios seres humanos somos capaces de esa espontaneidad esencial para la libertad. Como recuerda H. Arendt (1998), ese carácter creativo e inesperado de la acción humana es postergado cuando se resalta su carácter deliberativo y es reducido en la sociedad moderna a la lógica de medios y fines. Lo propio de la acción humana sería, más bien, su carácter de praxis que encuentra su sentido en sí misma, como ocurre, según veremos, en las experiencias que estamos discutiendo.

El señor Jackson,<sup>9</sup> bendito sea, era una persona que semanalmente cometía infracciones, con una gran ira y problemas emocionales... [Él estaba regularmente en aislamiento]. Lo llamé un día y le dije: “Señor Jackson, ¿qué podemos hacer para que usted y yo no peleemos más?”. Él se quedó muy quieto, bajó su cabeza y balbuceó: “Bueno, me gustaría tener un perro”. Quedé en *shock*. Después de recuperarme, le dije: “Bien, pero voy a tener que llevar esto hasta el alcaide”... Ahora está enseñando en mi clase, a mi gente nueva, a ser entrenadores de perros. No es en absoluto perfecto, pero ha dejado de ser un interno desagradable, amargo y hostil que peleaba con nosotros a cada paso... Es simplemente una persona diferente. Todavía tiene algo de ira, pero está pasando todo su tiempo cuidando a este perro y entrenándolo bien. Y esto ha hecho un cambio como de la noche al día en este hombre... y eso es excepcional (...). (Britton y Button 2006: 14-15)

Esta experiencia que el interno busca y encuentra en el programa de entrenamiento de perros solo tiene sentido en relación con la convivencia con los demás internos y el personal de la institución. Como señala un participante: “[Hago esto porque hay] más libertad para salir fuera. Es compañía [para mí]. Me puedo alejar de los demás internos, del ruido y de la estupidez” (Britton y Button 2006: 8). Al respecto, es revelador que los enfrentamientos entre internos motivados por los perros no se deban a que otro preso quiera agredir al animal sino por protegerlo, cuando malinterpreta el uso de la correa de entrenamiento como un maltrato. De hecho, hay evidencias de que es menos probable que un perro sea maltratado dentro de la prisión que fuera de ella (Britton y Button 2006: 12-13). En un ambiente cuyas relaciones interpersonales e institucionales se iniciaron con la trasgresión y violencia que motivaron el internamiento, es un hallazgo de humanidad que la interacción con los animales suscite estas actitudes y acciones de cuidado y protección, que pueden acercar a los internos y al personal.

Esta reconstitución de relaciones atraviesa los muros de la prisión. Programas como el de Ellworth orientan el entrenamiento de los perros para que, a su término, asistan a personas discapacitadas. Con ese fin, el interno sigue un curso con la Canine Assistance Rehabilitation and Education Services (CARES), para que durante el entrenamiento de doce a dieciocho meses el perro aprenda a obedecer

<sup>9</sup> Como en la investigación original, no es el verdadero nombre del interno.

más de sesenta órdenes. Esta alianza entre el centro de internamiento e instituciones dedicadas a la protección de animales no solo ofrece un horizonte de sentido más amplio al trabajo del interno, sino que lo integra más concretamente con la sociedad mediante el encuentro con las familias que adoptan al animal entrenado. Estas familias son capacitadas durante una semana al recibir a sus perros y luego se reúnen con los internos en la “graduación” de sus animales. En la ceremonia de graduación, los entrenadores reciben un certificado de reconocimiento y cuentan su experiencia con el perro del que ahora se despiden. Luego del testimonio de las familias hay un compartir libre con los entrenadores. Britton y Button reportan la importancia e intensidad de esta actividad. En el caso de los internos, les permite constatar y valorar el servicio que han ofrecido a otros necesitados, cultivando un sentido constructivo de reparación por el delito que hayan cometido, y ayudándoles a procesar la separación del perro que los ha acompañado por meses. Correlativamente, la nueva familia del perro y la comunidad en general ganan en el encuentro una oportunidad de relación con los internos y su vida en la institución.

El valor reintegrador de este tipo de programas no reside en una utilidad exterior —si bien hay “beneficios” esperables e indicadores que sirven de guía—, sino en que el participante disfruta esta experiencia en la que encuentra sentido en la medida que le ofrece una compañía significativa que abre el horizonte de su internamiento a la relación con otros. Este horizonte se despliega desde la posibilidad de comunicación con ese otro no humano que puede restituir su humanidad, esto es —desde la perspectiva que discutimos al inicio—, las capacidades comunicativas de un yo cuyos vínculos con los demás y consigo mismo se han distorsionado. La comunicación con el animal, precisamente por no desplegarse en significados verbales, permite recuperar la riqueza de sentido del mirar, escuchar, acompañar y, especialmente, tocar a un otro situándose en el aquí y ahora del momento compartido. Al recuperar esta profundidad estética de la experiencia de un yo situado en su mundo, es posible reelaborarla poco a poco, abriendo un horizonte comunicativo más amplio donde redescubrirse a sí mismo y sus posibilidades.<sup>10</sup>

<sup>10</sup> Otras experiencias notables son el Project POOCH (Positive Opportunities, Obvious Change with Hounds) en Oregon, HOPE (Hounds of Prison Education) en Pennsylvania y el Liberty Dog Program en Wisconsin (iniciado por la misma hermana Pauline Quinn), etc. En Suiza, la prisión Sacierriet conduce un programa similar con gatos.

*Mascotas y autismo: apertura comunicativa al mundo*

La interacción con animales también ha abierto perspectivas prometedoras en el acompañamiento de niños y niñas en el espectro del desorden autista. Un estudio realizado en Francia (Grandgeorge *et al.* 2012) comparó tres grupos de niños autistas: los que recibieron una mascota —básicamente perros, gatos y hamsters— entre los cuatro y cinco años, los que nunca tuvieron ninguna mascota y los que vivían con una en casa desde su nacimiento. Se encontró que quienes habían recibido una mascota entre sus cuatro y cinco años desarrollaron más su conducta prosocial que los que no tuvieron ninguna durante ese mismo lapso. El estudio correlaciona la interacción táctil y el tiempo dedicado a la mascota con ese desarrollo de conductas prosociales, entendidas como la capacidad de brindar cuidado y ofrecerse a compartir. Si bien los investigadores distinguen analíticamente entre estas conductas y las capacidades comunicativas, desde nuestra perspectiva fenomenológica estas se constituyen a partir de aquellas. Seguir a un animal con la mirada, detenerse a observarlo, acariciarlo, olerlo, ver que se aparta y en ocasiones se acerca, ofrece al niño un otro como centro de receptividad y espontaneidad con el que se puede familiarizar y al que puede comprender en un nivel preverbal en una experiencia placentera que tiene su fin en sí misma. Desde la fenomenología de la comunicación, esta forma de interacción con mascotas apunta a trabajar ese estrato prelingüístico en que se sedimentan las conductas estereotipadas, enfoques fijos y discapacidad empática que caracterizan el autismo. Se facilita así a estos niños una instancia de comunicación sencilla, gratuita y afectivamente rica que pueda ampliar sin violencia ese horizonte estético a partir del que se constituye su mundo de experiencia particular.

El mismo estudio también encontró que, en comparación con quienes recibieron su mascota entre los cuatro y cinco años, el grupo de niños que ya tenían una desde su nacimiento no registró cambios significativos para el mismo período de prueba. Los investigadores atribuyen esta diferencia a la capacidad de percibir un cambio en el mundo social circundante a una edad en la que el niño es capaz de caer en la cuenta de esa novedad y disfrutarla.<sup>11</sup> La comunicación con la mascota

<sup>11</sup> Este carácter atractivo y placentero en el percibir lo novedoso constituye en nuestra sociedad la esfera de la experiencia estética; en particular, de los objetos artísticos, pero también de la naturaleza, entre otras posibilidades. Es el mismo aspecto estético —su carácter sensorial, su capacidad de despertar y cautivar la atención, el encontrar su sentido en la percepción misma— que destaca la fenomenología como dimensión fundamental de la constitución de nuestra experiencia originaria del mundo y de nosotros mismos desde la primera infancia.

—pasar tiempo con ella, tocarla, observarla, sorprenderse de sus “ocurrencias”, disfrutar su compañía— está libre, como en el caso de los internos discutido antes, de las exigencias en la interacción con el terapeuta, la familia y otros que pueden buscar explícita o implícitamente que los niños “progresen”. Esto no implica que los animales se reduzcan a meros objetos o novedades inertes. También se ha comprobado (O’Haire *et al.* 2013) que las conductas prosociales se desarrollan más con animales que con juguetes atractivos dentro del escenario terapéutico. Estas conductas incluyeron mirar rostros, sonreír y tocar a los terapeutas y los padres. Más aún, el mismo estudio muestra que los niños con desarrollo típico interactúan más con los niños autistas en presencia de animales.

En nuestro espacio local, el Centro Ann Sullivan del Perú trabaja desde el año 2000 con perros de servicio con sus alumnos —un 60% con autismo— como apoyo para la relajación, aprendizaje, incentivo conductual, autocontrol y tolerancia, entre otros objetivos.<sup>12</sup>

Aprender a advertir esta profundidad de la comunicación en sus estratos sensoriales prelingüísticos donde, sin embargo, experimentamos sentidos intersubjetivamente, puede mostrarnos el valor de sencillas experiencias cotidianas como jugar con una mascota y ayudarnos a cultivarlas para enriquecer el desarrollo de niños y adultos. De esta manera, el jardín, el parque o una salida al campo pueden dejar de ser meros espacios funcionales al entretenimiento y revelarse como oportunidades de experimentar la profundidad de sentido del mundo y de nosotros mismos. Así, la interacción con mascotas puede ser un punto de partida prometedor para otras experiencias de acompañamiento y desarrollo en niños autistas; pero también con quienes siguen un desarrollo típico. De hecho, el interés mediático reciente en experiencias similares ofrece posibilidades de dialogar sobre su significado y explicitar aspiraciones de fondo tras ese interés.

#### **NARRATIVAS Y MEDIOS: DE CÓMO UN ANIMAL VISIBILIZA A UNA PERSONA**

Las narraciones articulan la forma en que una comunidad se piensa, siente, imagina, cuida y transforma a sí misma y su mundo. Tomar el pulso a las tendencias de continuidad y cambio en estas narraciones requiere atender a las industrias

<sup>12</sup> Comunicación de la doctora Liliana Mayo, PhD, fundadora y directora ejecutiva del Centro Ann Sullivan del Perú.



culturales que han asumido una porción importante de su (re)producción. En este apartado final discutiremos una narrativa actual que se presenta como una experiencia humanizadora de la relación con un animal.

Los relatos individuales de reintegración y lucha personales suponen siempre una trama de relaciones interpersonales en las que no han estado ausentes los animales. Lo que podría estar cambiando en algunas de estas narrativas es cómo se imagina y valora lo que estos animales pueden comunicar sin palabras, en contraste con las interacciones crecientemente estereotipadas entre seres humanos en culturas urbanas.

La historia de James Bowen comienza con una adolescencia problemática entre Inglaterra y Australia que lo lleva a terminar a los pocos años durmiendo en las calles de Londres y entregado a la heroína. Luego de repetidos ingresos a programas de rehabilitación, un evento cambió la vida de este hombre y lo hizo pasar —en sus propias palabras— de “invisible a visible”, de “despojado de la opinión que la gente tiene de ti” a alguien con quien los otros estaban dispuestos a interactuar. James Bowen había encontrado y cuidado a un gato *ginger* —“gringo”, como se le llama en el Perú— al que llamaría Bob, en referencia a un personaje de la serie *Twin Peaks* de David Lynch.

Bowen (2012) narra cómo un músico callejero como él es ignorado cuando se acerca tocando su guitarra en cualquier lugar público. Normalmente, nadie le habla y lo etiquetan como un “sin techo”, un indeseable en el paisaje de la ciudad. Pero un buen día la gente lo detiene, le pregunta su nombre, quieren tomarse una foto con él y se interesan en escuchar su historia, porque ahora tiene a Bob sentado sobre su hombro mientras va camino a la puerta de la estación del metro donde pasará el día tocando guitarra.

Bowen ya tenía una experiencia con gatos; pero, sobre todo, con dormir en callejones y devorar comida desechada con la fruición de quien no sabe si la tendrá mañana. Cuando encontró al gato sucio y herido en la puerta del edificio donde vivía asignado por su programa de desintoxicación, no dudó en acariciarlo y dedicarle unos minutos. Luego de un par de días decide buscar entre sus vecinos a su dueño. Como nadie lo reclama, da un paso mayor llevándolo a su casa para limpiarlo e intentar curarlo. Aquella primera noche pensó “Era algo

de compañía. No he tenido mucho de eso últimamente” (Bowen 2012: 9). Era el comienzo de una serie de preguntas y descubrimientos sobre Bob que devolverían a Bowen poco a poco a su propia historia de vida. En el escenario de su vida doméstica, fuera del espacio terapéutico formal, cada decisión sobre Bob recomponía, imperceptiblemente, la narración a través de la cual Bowen se contaba a sí mismo. Recordando la muerte de una de sus mascotas en la infancia, comienza a recuperar esa capacidad de acción oculta por la adicción: “Sentado con él esa tarde de domingo, tomé una decisión. No iba a dejar que eso vuelva a suceder. No iba a asumir que el cuidado que le había dado era suficiente” (Bowen 2012: 16)

La perspectiva fenomenológica trae a la luz cómo las acciones en el espacio comunicativo compartido con otros —incluso un otro no humano, como un gato— revierten sobre el agente. Cuando se trata de relaciones especialmente significativas, esa capacidad de agencia se puede debilitar (por ejemplo, con la droga) o, como en este caso, consolidar (Hart 1992). Luego de encontrar una veterinaria al alcance de sus medios para esterilizar a Bob y regresar a recogerlo tras la operación, Bowen recuerda: “Era raro. No me había sentido tan preocupado por nadie —ni nada— durante años” (Bowen 2012: 45).

Bowen es consciente de que Bob no es “su propiedad”. Como cualquier gato, tiene sus manías destructoras y resistencias; por ejemplo, a usar su arena. La imprevisibilidad e iniciativa de Bob serán providenciales. Cuando el gato ya está curado, Bowen se convence de que no será capaz de cuidarlo y lo libera dejándolo fuera de su edificio y cerrando la puerta. Como el gato siempre se las agencia para escurrirse dentro nuevamente, decide dejarlo en un lugar seguro y algo lejano. Mientras se aleja agobiado, Bob lo sigue a escondidas y de pronto aparece a su lado intentado cruzar una avenida peligrosamente transitada: “¿Qué diablos haces aquí? —le dije. Me miró condescendentemente, como si hubiera hecho una pregunta realmente estúpida” (Bowen 2012: 54). Al aceptar a Bob, Bowen redescubrirá su mundo personal desde esta comunicación profunda y sin palabras que mantienen.

La experiencia de Bowen y Bob es interesante por su contenido, pero también por su impacto mediático. Conocemos la historia por su libro *A street cat named Bob and how he saved my life*, convertido en un *best seller* con más de un millón

de copias vendidas en el Reino Unido y cuyo éxito internacional ha generado una secuela de textos, reportajes y rebotes mediáticos, además de una película en plena producción al redactar estas líneas. La historia del músico callejero que no encuentra en los servicios de bienestar, los psicólogos o los empleadores una salida pero que descubre en un gato —también de la calle— la compañía que lo mueve a decidir, esforzarse y cambiar poco a poco, ha conmovido a una legión de lectores que se identifican en mayor o menor grado con esta pareja. La historia está redactada de manera testimonial muy sencilla y directa, lo que contribuye a la sensación de verosimilitud y sinceridad al leer sobre las adicciones de Bowen, su falta de confianza y los pequeños detalles que intrigan y cautivan a quien acepta a un gato como mascota.

Ciertamente, el éxito editorial y mediático de esta historia no es casual. El libro de Bowen es publicado por Thomas Dunne Books, la misma empresa que editó *Marley and me*, otro *best seller* y éxito cinematográfico. Pero las industrias culturales constituyen a la vez que son constituidas por las sensibilidades de sus públicos. Hoy constatamos cómo el abandono o el sufrimiento de los animales conmueve profundamente a los jóvenes, moviéndolos a iniciativas y compromisos para cuidarlos o rescatarlos y defender lo que proclaman sus derechos.

En ese sentido, es pertinente investigar la atención e identificación que ocasionan productos comunicacionales como el libro de Bowen, más aún cuando nos preguntamos por qué no podemos generar entre estos jóvenes el tipo de sensibilidad, identificación y compromiso con las causas sociales y políticas —y, concretamente, con el sufrimiento humano— que movió a generaciones anteriores.

Lejos de sugerir dos opciones en competencia, la historia de James Bowen y Bob permite, en la perspectiva que hemos planteado desde Husserl y Abram, abrir nuestra comprensión de las posibilidades humanizadoras de la comunicación cuando no se limita a nuestros discursos monológicos y sabe reconocer la importancia de experiencias comunicativas prelingüísticas que permiten reconstituir nuestras relaciones con los demás y con nosotros mismos. Gracias a su relación con Bob, Bowen se da cuenta y puede dar cuenta en su libro de la vida que llevaba hasta ese momento:

Vivir en las calles de Londres te despoja de tu dignidad, tu identidad; de todo, realmente. Lo peor de todo, te despoja de la opinión que la gente tiene de ti. Ven que vives en la calle y te tratan como una no-persona. (Bowen 2012: 33)

Sin que lo esperara o pidiera, ese gato abandonado le ofrece la oportunidad de recuperar experiencias cotidianas, pero decisivas. Cuando la gente de su barrio lo ve salir sin Bob y le preguntan por él, Bowen se da cuenta:

Nadie había entablado conversación conmigo en las calles alrededor de mi apartamento en todos los meses que había vivido aquí. Era raro, pero también interesante. (Bowen 2012: 77)

Advierte que sin Bob se volvía nuevamente invisible, pero la experiencia de responsabilidad frente a un animal que sin él probablemente hubiera muerto, le ha dado la suficiente perspectiva para no convertir a su mascota en un mero instrumento. Esta pudo ser una opción tentadora, dado que ganaba más dinero cuando Bob lo acompañaba. Por el contrario, Bowen es capaz de reconocer al cabo de un tiempo:

Tener a Bob conmigo me dio la oportunidad de interactuar con la gente. Me preguntaban sobre Bob y me daban la oportunidad de explicar mi situación (...) Había sido una no-persona, me estaba convirtiendo en una persona nuevamente. (Bowen 2012: 91)

Ser persona y volverlo a ser es indesligable de nuestras relaciones comunicativas con los otros. Hannah Arendt (1998) discutió las profundas implicancias políticas de aceptar la fragilidad de la acción humana personal y compartida una vez que se han perdido las garantías suprahumanas de la modernidad (el mito del progreso) y la sociedad tradicional (la unidad religiosa). Arendt insiste en el espacio público que se abre en la comunicación —el aparecer mutuamente en acciones y palabras— como remedio humano para nuestra mortalidad. Recuerda también nuestra condición de natalidad: la capacidad de perdonar y prometer como las experiencias comunicativas que pueden instaurar, reparar y recrear ese espacio en el que podemos ser verdaderamente agentes humanos y no solo consumidores y productores.

Esta dimensión política fundamental de la comunicación resuena cuando Bowen confiesa que, aunque llevaba a Bob prácticamente a todas partes, lo dejaba en casa cuando iba al centro de rehabilitación donde recibía sus dosis de metadona como droga sustituta para la heroína. Se avergüenza de que Bob lo vea allí y así, tiempo después, decide desintoxicarse definitivamente, con todo el sufrimiento físico y psicológico que esto implica. Bob lo acompañará durante esa noche de tortura que Bowen califica como más espantosa que la presentada en la película inglesa *Trainspotting*.

Esta experiencia podría parecer simplemente la proyección del autorrechazo de un adicto sobre su mascota, pero en el conjunto de su historia con Bob, no se puede negar que si este hombre aprendió a verse, hablarse y reasumirse a sí mismo fue gracias a la relación con este animal que le abrió, en términos de Arendt, un espacio de aparición, perdón y promesa, abriéndolo a otros y otras, amistades y familiares.

El interés que ha despertado esta narración en un público tan amplio sugiere que es una historia que muchos quisieran hacer suya: un encuentro con otro que genera un espacio comunicativo, confiable dentro de su incertidumbre, donde se puede aparecer como uno es y ser reconocido gratuitamente, con la esperanza de poder vivir más humanamente. En el entusiasmo, cariño y solidaridad que despierta la relación entre James Bowen y Bob, aparecemos en esa aspiración a una comunicación más plena y profunda que habita en lo cotidiano y se gesta antes de la palabra en esa sencilla profundidad estética de la que todos somos capaces desde nuestra primera infancia y a pesar de nuestros quiebres.

#### **CONCLUSIÓN: DEJARNOS COMUNICAR**

Una perspectiva fenomenológica permite articular sistemáticamente diversos enfoques teóricos sobre formas específicas de la comunicación remitiéndolas a su fundamento sensorial y prelingüístico en el que se va constituyendo intersubjetivamente nuestra experiencia del mundo y de nosotros mismos desde nuestra primera infancia y que puede ser reelaborada a lo largo de nuestra vida.

Una comprensión más profunda de este estrato estético fundamental permite interpretar fructíferamente la (re)integración social y psicológica de la

persona, al ampliar nuestra comprensión de los agentes y espacios que pueden contribuir a esa reintegración. Nos ofrece también criterios para discernir críticamente las dinámicas comunicativas en las que tienen lugar estas patologías culturales y personales, al comprenderlas como distorsiones de las posibilidades más amplias de comunicación de las que disponemos los seres humanos.

En ese sentido, las experiencias de apoyo que involucran animales abren sugerentes campos de experimentación e investigación. Experiencias como las que hemos discutido no solo muestran su pertinencia para sus espacios específicos, sino cobran importancia para un público cada vez más amplio, cuyo interés en estas historias revela una sensibilidad que es preciso comprender mejor y con la que necesitamos dialogar para cultivar una comunicación no solo más humana sino humanamente —responsablemente— abierta a la naturaleza animada e inanimada sin la cual no podríamos cultivar y embellecer nuestra vida humana.

## REFERENCIAS

- Abram, D. (1996). *The spell of the sensuous. Perception and language in a more-than-human world*. Nueva York: Vintage Books.
- Arendt, H. (1998). *The human condition*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Bowen, J. (2012). *A street cat named Bob and how he saved my life*. Nueva York: Thomas Dunne Books.
- Britton, D. M. y Button, A. (2006). Prison pups: assesing the effects of dog training programs in correctional facilities. *Journal of Family Social Work*, 9(4), pp. 79-95. Recuperado de [https://www.academia.edu/443498/Prison\\_Pups\\_Assessing\\_the\\_Effects\\_of\\_Dog\\_Training\\_Programs\\_In\\_Correctional\\_Facilities](https://www.academia.edu/443498/Prison_Pups_Assessing_the_Effects_of_Dog_Training_Programs_In_Correctional_Facilities)
- Grandgeorge, M., Tordjman, S., Lazartigues, A., Lemonnier, E., Deleau, M. y Hausberger, M. (2012). Does pet arrival trigger prosocial behaviors in individuals with autism? *PLoS ONE*, 7(8). Recuperado de <http://journals.plos.org/plosone/article?id=10.1371/journal.pone.0041739>.
- Habermas, J. (2001). *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid: Taurus.
- Hart, J. G. (1992). *The person and the common life. Studies in a Husserlian Social Ethics*. Dordrecht: Kluwer Academic Publishers.
- Huss, R. J. (2013). Canines (and cats!) in correctional institutions: legal and ethical issues relating to companion animal programs. *Nevada Law Journal*, 14(25), pp. 25-62. Recuperado de <http://scholars.law.unlv.edu/nlj/vol14/iss1/3>
- Husserl, E. (1975). *Experience and judgment*. Evanston: Northwestern University Press.
- Husserl, E. (1996). *Meditaciones cartesianas* (J. Gaos, trad.). México: Fondo de Cultura Económica.
- Husserl, E. (1997a). *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*. Libro 1. (J. Gaos, trad.). México: Fondo de Cultura Económica.
- Husserl, E. (1997b). *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*. Libro 2: *Investigaciones fenomenológicas sobre la constitución* (A. Ziri6n, trad.). México: UNAM - Instituto de Investigaciones Filos6ficas.
- Husserl, E. (1997c). *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*. Libro 3: *La fenomenología y los fundamentos de las ciencias* (A. Ziri6n, trad.). México: UNAM - Instituto de Investigaciones Filos6ficas.
- Husserl, E. (2008). *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental* (J. Iribarne, trad.). Buenos Aires: Prometeo Libros.

- McLuhan, M. (1964). *Understanding Media: the extensions of man*. Chicago: The New American Library.
- Merleau- Ponty, M. (1975). *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Ediciones Península.
- O'Haire, M. E., McKenzie, S. J., Beck, A. M. y Slaughter, V. (2013) . Social behaviors increase in children with autism in the presence of animals compared to toys. *PLoS ONE*, 8,(2). Recuperado de <http://journals.plos.org/plosone/article?id=10.1371/journal.pone.0057010>
- Ong, W. (1996). *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. Santafé de Bogotá: Fondo de Cultura Económica.